

Conmociones e inflexiones hacia la izquierda en las elecciones europeas



José Félix Tezanos
Director de *Temas*

Las conmociones y las inflexiones hacia la izquierda que se han producido en las elecciones al Parlamento Europeo han reflejado un alto grado de malestar y de desacuerdo con las actuales políticas europeas.

Punto crítico en Europa

Los resultados denotan un rechazo importante a los actuales gobernantes y una demanda de nuevas políticas que sean capaces de sacarnos de verdad de la actual crisis económica y de la peligrosa e inhumana deriva de recortes y regresiones sociales. En cierto modo, en el 25 de mayo se ha producido un estallido de malestar, con efectos y consecuencias diversas, que afectan a los principales partidos políticos.

Al incremento de los escaños obtenidos por las formaciones progresistas y de izquierdas, hay que sumar una parte importante de la abstención, que ha tenido un sentido crítico y distanciado respecto a los enfoques de la derecha dominante, por lo que resulta evidente que el pulso de la calle está decantado a favor de un cambio de rumbo en el Viejo Continente. Si no se entiende esto, no se entiende qué ha pasado el 25 de mayo.

Sin embargo, algunas de las lecturas simplistas e interesadas que se están haciendo sobre los comicios indican que no hay que desechar que determinados sectores de la burocracia europea más inmovilista y ciertos núcleos de poder económico y político se resistan con todas las armas y argucias posibles a ese cambio que los votantes y la opinión pública reclaman. Si esto sucede y la Unión Europea continúa empantanada en el sinsentido actual y en un liderazgo desfasado y rechazado, no solo se producirá una gran frustración entre los ciudadanos, sino que es muy posible que se estará abriendo de par en par la puerta a los populistas y demagogos de

turno, que ya han entrado con fuerza en el Parlamento Europeo, y que intentarán llevar a Europa por una senda diferente a la de los ideales democráticos y sociales fundacionales. La cuestión no es baladí.

Inflexiones hacia la izquierda

En términos generales, los resultados han dado lugar a que el grupo conservador y popular europeo pierda 62 escaños, bajando a 213, respecto a los 275 que tenía anteriormente —es decir ¡retrocede un 22,5%!—, mientras que el grupo socialista sube ligeramente, pese a los descalabros sufridos, por ejemplo, en Grecia, Francia y, en menor medida, en España.

Hay que destacar el importante ascenso de la Izquierda Unitaria Europea (42 escaños de momento, respecto a los 35 que tenía) y la persistencia de un fuerte grupo Verde con 52 escaños, al tiempo que los centristas y liberales bajan de 85 escaños en 2009 a 64.

A su vez —y como aviso para navegantes—, la extrema derecha experimenta un apreciable avance, especialmente en Francia, donde el partido lepenista se sitúa a la cabeza, al igual que en el Reino Unido, dándose también apoyos muy apreciables en Holanda, Austria, Dinamarca, Grecia y algunos países del este europeo. Y dentro de la categoría anti-europea habría que situar también a otras fuerzas euroescépticas que verosímelmente van a trabajar a la contra en el nuevo Parlamento.

Resultados en España

En España, lo más destacable es el retroceso espectacular del PP, que baja desde el 44,6% que tuvo la última vez que se pudo votar a un 26,1%. Es decir, ha descendido 18,5 puntos y, en términos absolutos, cuatro millones de votos, respecto a los diez millones ochocientos

sesenta y seis mil que tuvo en noviembre de 2011. Lo cual supone una pérdida del 62,7% de sus votantes de hace poco más de dos años.

Esta pérdida es lo suficientemente abultada como para que resulte difícil entender que los líderes del PP hayan podido interpretar los resultados como una victoria electoral. A no ser que entiendan que es una victoria quedarse tuertos en el empeño de dejar casi ciego a su adversario principal.

En términos de una empujón y cortoplacista política partidista, el único éxito del PP ha sido evitar que VOX les haya abierto un hueco en su espacio electoral, mientras que su agresividad anti-PSOE y los resortes que han movido han logrado influir para que en los ámbitos de la izquierda se abran nuevos espacios con partidos diferentes y antagonizados entre sí, que hacen más difícil que triunfe una alternativa factible de izquierdas, pese a que en España cada vez más personas votan por la izquierda.

El avance de las fuerzas progresistas y de izquierda en Europa y el aumento de la desafección revela que la opinión pública quiere cambios de fondo y de forma en las políticas europeas.

Ante esta situación, desde la perspectiva del PSOE, es preciso entender que el problema no es solo de caras o imágenes, y que es necesario superar determinados enfoques anticuados de campaña que se orientan básicamente a animar a los más leales y seguros seguidores en grandes mítines de autoafirmación, en los que no se llega a los más apáticos e indecisos. La cuestión no estriba en subir más los decibelios de los mítines, o en acertar en encontrar caras más lozanas, más nuevas y más sonrientes, sino en tener un proyecto propio y claro que sea creíble y en dar garantías de que el PSOE es una fuerza que cumple sus promesas electorales y que no prescinde de –o subrepresenta a– los sectores de izquierdas de la socialdemocracia. La dinámica de exclusión que se inició con Felipe González en sus últimas etapas ha dado lugar a que muchos electores con trayectoria de voto socialista no se vean suficientemente reflejados en el PSOE. Lo que ha posibilitado que surjan espacios electorales netamente diferenciados desde fuera que, en su día, y en su caso, para formar eventuales gobiernos de coalición, harán necesario acuerdos externos con líderes de otras fuerzas políticas ya cristalizadas, acuerdos que siempre serán más complejos y difíciles que los que en

su día se podían –y debían– haber establecido con los propios sectores políticos y sindicales de izquierdas dentro del PSOE. De ahí la necesidad de practicar una mayor capacidad de integración democrática.

Confianza y apoyos

Los hechos demuestran que la capacidad de lealtad y la prudencia de algunos de los líderes procedentes de dicha izquierda del PSOE no ha sido suficiente para evitar que en determinados sectores socialistas se hayan desarrollado sensaciones de orfandad, de descontento y de ser víctimas de incumplimientos electorales, sensaciones que en un momento dado han hecho crisis, como ocurrió en 2011 y ha vuelto a suceder el 25 de mayo. ¿Cómo recuperar esa confianza perdida? ¿Cómo armonizar y equilibrar en el ámbito interno del PSOE, a la vez, una sensibilidad más templada y atenta a la heterogeneidad de sectores sociales imprescindibles, con un alma de izquierdas más volcada en los intereses y necesidades de las personas que lo pasan mal y que ya no están dispuestas a confiar y votar con los ojos cerrados? Esa es la cuestión. Una cuestión que cada vez será más inexcusable, a medida que las brechas sociales y los problemas laborales se hagan más acuciantes.

Más allá de las opiniones de cada cual, los datos electorales revelan que los partidos socialistas europeos tienen en estos momentos un serio problema de coherencia y de credibilidad, que sus electorados no están dispuestos a pasar por alto. Allí donde los socialistas incumplen su programa y se apartan de la línea política por la que fueron elegidos, el castigo en las urnas se hace muy contundente. Esto pasó en España con Rodríguez Zapatero, está pasando en Francia con Hollande y ocurre también en aquellos lugares en los que el socialismo se diluye en alianzas que ni entienden ni apoyan sus votantes, como en Grecia. En todos estos casos y lugares los fiascos electorales están siendo de gran alcance.

Por lo tanto, no estamos ante una cuestión de opiniones o pareceres, sino ante hechos incuestionables, ante los que no queda más remedio que fijar líneas de ruptura muy claras. Y si los candidatos no tienen claro esta necesidad, habrán de estar preparados a sufrir en carne propia las consecuencias de errores y desviaciones ajenas y en algunos casos pasadas, como ha ocurrido el 25 de mayo.

Pero, el verdadero problema de fondo es que el socialismo europeo necesita en estos momentos tener un proyecto neto y claro de solución a los actuales problemas económicos y sociales. Y si no tiene este proyecto, y si no logra convencer a la opinión pública de que lo

tiene y es viable y serio, continuará sufriendo los efectos de la desafección.

Derechización del PP

El PP, por su parte, está perdiendo buena parte de sus apoyos anteriores debido al desarrollo de unas políticas antipopulares y al despliegue de un discurso y unas prácticas agresivas que bordean los patrones propios de la extrema derecha. Lo cual explica que en España no esté surgiendo, como en otros países europeos, un partido de extrema derecha importante, ya que ese espacio lo está ocupando actualmente el PP.

Si el PP persiste en estas prácticas es harto posible que quede aislado de las fuerzas democráticas europeas, e invalidado para gobernar. No solo por falta de votos suficientes. Y esto es algo sobre lo que tendrían que reflexionar y tomar buena nota algunos de los poderosos sectores económicos y de la comunicación que vienen apoyando al PP de una manera tan cerrada como poco prudente y previsor.

En su conjunto, no puede desconocerse que los resultados del PSOE han sido malos. No solo no ha mejorado respecto al 28,7% que obtuvo en noviembre de 2011, sino que se ha retrocedido casi seis puntos, perdiendo un 49% de los votos obtenidos en dichos comicios; cuyos resultados no fueron precisamente buenos.

El problema actual del PSOE es que, con los pobres resultados de Cataluña y de la Comunidad de Madrid, principalmente, donde continúa retrocediendo, es muy difícil alcanzar un buen resultado nacional, por mucho que esté recuperándose en algunos de sus bastiones tradicionales, como Andalucía, Extremadura o Asturias.

En su conjunto, el mantra de que el PP y el PSOE son lo mismo (o casi), y la sospecha de que ambos partidos van a formar una gran coalición, ha debilitado considerablemente la credibilidad del PSOE como alternativa netamente diferenciada respecto al PP y sus políticas antisociales que tanto rechazo suscitan. Lo que está produciendo una erosión electoral progresiva que viene de lejos, y que en estas elecciones no se ha logrado despejar, mermando las posibilidades de recuperación del PSOE y sus capacidades de generar confianza política a medio plazo.

La diversificación de la izquierda

IU ha obtenido un buen resultado, aunque se ha quedado, una vez más, por debajo de algunas de las expectativas que daban las encuestas y de las cotas máximas alcanzadas durante el período de Julio Anguita, posiblemente debido al sobre-énfasis de sus críticas anti-PSOE

y a la propia competencia de *Podemos*, que en algunas Comunidades ha quedado por delante de IU.

Podemos ha sido la gran sorpresa en estas elecciones, habiéndose situado prácticamente a la par de IU, de la que proceden sus principales líderes. Habrá que ver, no obstante, cómo evoluciona este partido una vez consumado el beneficio original de la duda a su favor, y cuando entren de lleno en el trabajo político concreto.

UPyD, aún con un buen resultado, también se ha quedado un poco por debajo de sus mejores expectativas, entre otras cosas debido a la competencia de diversas fuerzas que intentan atraer a los electores de centro moderado que están quedando huérfanos de referencias políticas, a medida que el PP se encastilla y se radicaliza, haciendo oídos sordos al pulso de la calle. Este es el caso, por ejemplo, de *Ciudadanos* que logra dos escaños en el nuevo Parlamento Europeo.

No se puede entender como los líderes del PP, después de perder el 63% de sus votos y sumar muchos menos apoyos que los partidos de izquierda, intentan convencernos de que han ganado las elecciones.

Lo sucedido con otras formaciones menores, que —a excepción de Equo-Compromis, que logra un escaño— se han quedado sin representación, revela lo difícil que es encontrar un hueco en el mapa político actual, por muchos apoyos mediáticos y económicos que se tengan. Difícil, sobre todo, cuando las ideas propias se postulan en maridaje directo con fuertes componentes de antipolítica, que al final fomentan una alta abstención y un retraimiento político general, que acaba perjudicando a muchas fuerzas políticas.

Finalmente, los resultados obtenidos por candidaturas vinculadas a las principales formaciones nacionalistas traducen, por un lado, la efervescencia de estos enfoques en determinados territorios y la tendencia ascendente de algunos partidos de izquierdas y, por otro lado, su muy escaso peso en el conjunto del Parlamento Europeo, en el que dos o tres escaños apenas dan relevancia.

El fiasco de las encuestas

Las Encuestas publicadas han fallado en varios aspectos, evidenciando problemas de fiabilidad técnica y, posiblemente en algunos casos, de manipulación intencionada.

En este sentido, la mayor parte de las encuestas no han atinado ni en lo que se refiere a las previsiones de

abstención (que se auguraban mayores), ni en detectar la fuerte potencialidad de *Podemos* (al que solo se atribuía un escaño, como mucho). Y en determinados casos también han errado en la sobre-estimación del voto del PP, al que le llegaron a atribuir cuatro o cinco puntos porcentuales más de los que finalmente alcanzó.

Ciertos sondeos pre-electorales presentaban elementos extraños y de ocultación (nunca se publicaban los datos primarios directos), que hacían sospechar que podíamos estar ante operaciones de intoxicación, orientadas a intentar desmoralizar a los propios afiliados y votantes socialistas y a deteriorar a sus líderes y candidatos, alentando disidencias y disonancias internas.

El fuerte sesgo unidireccional que existe actualmente en los medios de comunicación social españoles (*Vid.* número 234 de *TEMAS*) ha dado lugar a que la campaña del PSOE –amén de posibles errores de enfoque y ciertas redundancias excesivas– haya estado demasiado filtrada y, a veces, ocultada, pese al buen trabajo realizado por Elena Valenciano, que se ha revelado como una líder sólida y competente.

El papel de los medios (especialmente las televisiones) no puede subvalorarse en este sentido, siendo muy significativo el amplio apoyo y las posibilidades de presencia directa que se ha brindado durante los últimos meses al candidato de *Podemos*, tanto en plataformas digitales de derechas, de carácter minoritario, como en cadenas de mayor audiencia como *Cuatro* y *La Sexta*. Apoyo que no han tenido ni Elena Valenciano, ni Alfredo Pérez-Rubalcaba, ni Alejo Vidal-Quadras, de *VOX*, por ejemplo.

En este sentido, en los buenos resultados de Andalucía no habría que desear, junto a otros factores importantes, la influencia que ha tenido la propia posibilidad de que los electores hayan podido recibir, a través de la televisión pública andaluza, la información directa que los candidatos transmitían.

Mirando al futuro

Los resultados obtenidos –aún dentro de las peculiaridades propias de las elecciones europeas que facilitan la fragmentación de la representación y aminoran el sentido del “voto útil”– revelan que el mantra del “fin del bipartidismo” ha tenido ciertos efectos, al menos de momento. Aunque se trata de un asunto que es más complejo de lo que algunos estiman y desean.

Por otro lado, también se evidencia que las fuerzas de izquierdas, tanto en España como en Europa, en estos momentos suman más votos que las de derechas.

Y, sobre todo, los resultados del 25 de mayo demuestran que el PSOE continúa siendo el principal partido de la izquierda, a significativa distancia de los demás. Por eso, aún con el varapalo sufrido, –hoy por hoy– el PSOE es la única fuerza de izquierdas capaz de ofrecer –y aglutinar– una alternativa viable y creíble frente al PP. Un líder como Alfredo Pérez Rubalcaba tenía muchas capacidades y cualidades para trabajar en esta perspectiva con inteligencia, tesón y habilidad. Pero lo cierto es que su trabajo no ha sido fácil y no siempre ha tenido los apoyos necesarios. Por eso su renuncia a continuar al frente de la Secretaria General del PSOE no es una buena noticia. Aunque su decisión le honra y es un ejemplo de coherencia social y política, en un país en el que casi nadie dimite ni asume sus responsabilidades. A partir de ahora las cosas no van a dejar de ser difíciles para el PSOE, si no se acometen cambios de fondo. Ni para el PSOE ni para el sistema político español.

Con la actual distribución de votos, proyectada en unas elecciones generales, la fragmentación de fuerzas es de tal tenor que apenas resultaría factible articular una opción de gobierno mínimamente estable. Lo cual podría resultar desastroso en circunstancias económicas como las actuales. Por eso, es tan importante que en los círculos de la izquierda (mayoritarios sociológicamente) se piense en términos realistas y responsables, siendo conscientes de las complejidades de las sociedades actuales, en las que ciertamente es muy grande el malestar y crece la indignación y la desafección, pero en las que tienen mucho peso unas clases medias heterogéneas y potentes que no quieren saltos en el vacío, ni demagogias vacuas y simplistas. De ahí que cualquier fuerza o coalición que quiera ser una opción creíble de gobierno tiene que ser capaz de integrar amplios apoyos e intereses en un proyecto verosímil y riguroso que no puede entenderse de una manera limitativa y cerrada ¿Quién puede hacerlo, sino el PSOE?

En esta perspectiva de futuro es en la que el PSOE tiene un papel importante y necesario. Pero, para poder cumplir este papel es preciso que en sus filas se ponga fin a una etapa de excesiva introspección interna y de debates y tensiones de liderazgo sobredimensionadas que ni interesan ni emocionan a la gran mayoría de los ciudadanos. Ciudadanos que lo que esperan de un partido como el PSOE es que cumpla su cometido como fuerza principal de la izquierda y de los sectores progresistas de la sociedad, centrando su trabajo en fraguar y desarrollar esa gran alternativa política y social de interés general que en España se necesita. Y que ahora se requiere más que nunca, para ser capaces de situarse en sintonía con la nueva política que el actual Parlamento de la Unión Europea puede y debe impulsar. **TEMAS**